

La fuente de la utopía: actitudes fundantes en la vida cotidiana del pueblo pobre

Francisco Chamberlain, sj

Vamos a empezar este artículo al revés; es decir, partimos de lo que no queremos decir, para luego señalar lo que sí queremos afirmar.

No vamos a hablar de lo que piensa el pueblo pobre como grupo o grupos sociales. No se pretende aquí, por tanto, una caracterización global del pueblo pobre. En este sentido, no queremos invadir tonta e indebidamente el campo de la sociología o el estudio antropológico de la forma o formas de pensar de este pueblo.

Tampoco se quiere decir que las actitudes que encontramos en la vida del pueblo son ya una utopía, un proyecto social. El asunto, más bien, es otro: se trata de descubrir ese horizonte de experiencia y de vida que hace posible pensar en la utopía, en un proyecto histórico de vida y de humanidad. Creo haber encontrado ese horizonte de vida en las actitudes de amigas y amigos del barrio donde he vivido durante algunos años ya. No todos los del barrio o del pueblo piensan como estos amigos, pero su manera de pensar y afrontar la vida está ahí, entre la gente. Si bien no todos los pobres piensan y actúan como estos amigos, su manera de pensar y actuar no puede separarse de su condición de pobres, de su pertenencia a este pueblo con su historia, su cultura.

Preguntar por ese horizonte de vida presente en la gente amiga, eso es lo que queremos hacer en este artículo. Ese horizonte que es previo a la utopía, pero que

es a la vez su condición de posibilidad. De ahí que en el título queremos referirnos a la *fuentes* de la utopía, a las actitudes *fundantes* y presentes en la vida diaria del pueblo pobre.

Otra manera de expresar lo mismo es preguntar por la “materia prima” de una espiritualidad con raíces en la vida del pueblo pobre. Digo “materia prima”, porque una espiritualidad supone una elaboración teológica sistemática que va más allá de la pretensión de estos apuntes. La idea aquí es más sencilla: buscar esa base experiencial que nos permite afirmar que una espiritualidad que nace del pueblo es realmente posible, algo que este pueblo nos ofrece gratuitamente en su diario caminar y en su voluntad de sacar adelante la vida como sea.

Finalmente, lo que quisiera hacer aquí no es cosa de otro mundo. Un buen número de personas que leerán estos apuntes podrían hacer lo que se hace aquí, y probablemente lo harían mejor. De todos modos, quisiera pensar que el esfuerzo de recordar experiencias y redactarlas en una forma más o menos inteligible pueda animar a otros a hacer lo mismo. Se trata de un ejercicio de la esperanza. Eso no viene mal en los momentos que vivimos en el país.

“El Reino siempre avanza”

La idea de apuntar las actitudes de la gente expresadas en su vida cotidiana nace de una conversación hace unos años con un amigo jesuita, Carlos Flores. Carlos me relataba la experiencia de una pequeña investigación que hizo él, con Daniel Hartnett y Pilar Coll, en El Agustino, a partir de un seminario sobre espiritualidad en el Instituto Bartolomé de las Casas-Rímac. Se reunió a un grupo de adultos de distintas pequeñas comunidades de la parroquia para reflexionar sobre un conjunto de temas trabajados en el seminario del “Bartolo”. Uno de los temas era “el Reino de Dios, avances y retrocesos”. Se trataba de ver cómo la gente entendía eso del Reino, qué experiencias constituían para ellos señales de su “avance” o de su “retroceso”.

Carlos me contó que la gente escuchaba atentamente la explicación del tema. Sin embargo, al abrir la conversación a la participación del grupo, una señora afirmaba que no entendía de que se trataba. “El Reino siempre avanza, Padre, nunca da marcha atrás”. De ahí surgió una discusión con todo el grupo, porque el problema que expresaba la señora no sólo era suyo, sino de todos. El grupo simplemente no pudo aceptar la posibilidad de “retrocesos” del Reino.

Yo sé que “retrocesos” no tiene exactamente la misma significación que “dar marcha atrás”. Uno puede pensar que, en la historia que relatamos, hubo algo de

desencuentro entre diferentes lenguajes que no lograron comunicarse plenamente. Puede que sí, pero la afirmación básica de la señora se mantiene firme: ¡el Reino siempre avanza! Es más: la misma señora explicaba los retrocesos de la siguiente manera: “El Reino siempre avanza, pero no siempre lo vemos. Eso es problema nuestro, no lo vemos. Pero siempre avanza”.

Esta comprensión de la señora y del grupo podría calificarse como una fe ingenua y fácil, pero no es así. Las personas que afirman su fe de esta manera son, de hecho, gente que ha vivido la dura lucha de la pobreza, con todas las frustraciones y sus “retrocesos”. Que esta misma gente afirme que el Reino siempre avanza, que nunca da marcha atrás, es un indicio, creo, de que estamos ante una afirmación fundamental de su fe y de su manera de entregarse a la vida y descubrir su sentido: el Señor en quien creemos no nos falla, ni vos va a fallar, a pesar de las apariencias. Así de simple y, también para estos amigos, así de evidente.

La experiencia que Carlos contó me hizo un poquito más receptivo y atento a lo que dice la gente, a las palabras de espíritu, de sentido, presentes en su caminar diario.

“No nos dijeron que no”

Hace tres años y medio hubo una invasión de uno de los pocos terrenos todavía vacíos en el distrito. El municipio distrital y las organizaciones vecinales trabajaron un padrón de excedentes de los pueblos viejos del distrito y, en diciembre de 1987, estos excedentes, unas 250 familias, ocuparon un terreno al lado de la recién inaugurada extensión de la Av. Riva-Agüero. La ocupación duró unos seis meses y, en junio de 1988, las 250 familias fueron desalojados por la policía. Quedaron literalmente en la calle.

Por los buenos oficios del Señor Cardenal, los dirigentes de las 250 familias lograron una entrevista con el Ministro de Vivienda . Estuve presente con los dirigentes como una expresión de apoyo de la parroquia a su reclamo. El ministro recibió muy bien a los dirigentes y, enseguida, los pasó a una mesa de trabajo con abogados y urbanistas del ministerio. La sesión con los abogados y técnicos duró cerca de tres horas. Los dirigentes fueron asesorado por Lorenzo, un dirigente de larga trayectoria en el distrito. Lorenzo y los dirigentes habían preparado anteriormente unas cuatro o cinco alternativas de solución al problema de las familias desalojadas y, una por una, fuimos discutiéndolas en la mesa de trabajo.

La discusión fue larga y, para mí, frustrante. A cada propuesta de los dirigentes, los abogados y técnicos no veían más que dificultades y problemas. Por decirlo

suavemente, no se percibía en estos funcionarios un ánimo de buscar una solución a la situación de los desalojados. Tres horas en este plan es mucho tiempo. Terminé con un buen dolor de cabeza y el ánimo más abajo que el suelo.

Al salir de la reunión con los funcionarios del ministerio, pregunté a Lorenzo qué le había parecido la mesa de trabajo con los abogados y técnicos. Su respuesta me desconcertó: “¡Muy buena la reunión, Francisco!”. La comprensión de este hombre no era sólo distinta de la mía, sino totalmente contraria. Yo experimentaba la reunión como un fracaso y él me decía que era un triunfo. Lorenzo continuaba: “Muy buena la reunión, porque no nos dijeron que no. No dijeron que nuestras alternativas eran imposibles. Eso sí, pusieron mil dificultades, pero ya sabíamos que iban a actuar así. Nada se regala en esta vida, se lucha, se conquista. En esta reunión logramos lo que queríamos: no nos cerraron la puerta. Con eso podemos seguir adelante”.

¡No nos dijeron que no! Esa pequeña frase es la expresión de mucha experiencia, mucha historia personal y colectiva. Evidentemente, se trata también de una expresión muy política, de un dirigente “fogueado”. Pero la frase expresa algo más que cálculos y planes y estrategias. Expresa al mismo tiempo una postura ante la vida, la afirmación de la posibilidad de camino en la adversidad. Hay algo, mucho, de espíritu, de actitud fundante en esa frase. En ella se manifiesta, creo, la tierra fértil en que un proyecto de futuro puede germinar.

“No es un castigo, es un llamado”

Beni es una dirigente de los comedores populares. Fue la coordinadora del comedor de su barrio y, más tarde, dirigente distrital. Beni es también la madre de tres hijos, la mayor de los cuales sufrió de pequeña un ataque de meningitis que la ha dejado completamente inválida e incapaz de atender sus necesidades más básicas. la hija mayor de Beni tiene hoy unos diecinueve años.

Asumir la situación de su hija ha supuesto para Beni, su esposo y sus otros dos hijos una carga nada ligera. Alguien de la familia siempre tiene que estar en la casa con la hija mayor. En ningún momento pueden dejarla sola. El horario, los compromisos, de cada miembro de la familia tienen que tener en cuenta esta responsabilidad colectiva de atender a la hermana mayor.

Un día, hace algunos años, se presentó un grupo de Testigos de Jehova a la puerta de la casa de Beni y, al ver a la niña en su silla de ruedas, uno de los testigos dijo con mucha seguridad: “Esta enfermedad es un castigo de Dios, un castigo por nuestros pecados”. La seguridad de este hermano trae a la memoria varios pasajes

del Evangelio donde se expresa la teología en boga en tiempos de Jesús, que explicaba la enfermedad como un castigo (ver, por ejemplo, el inicio de la historia del ciego de nacimiento en el Cap.9 de S. Juan). La afirmación del hermano Testigo enfureció a Beni. De ahí, empezó un profundo debate teológico que creo que el autor del Libro de Job entendería perfectamente. El Testigo repetía “es un castigo”; y Beni respondía “¡no es un castigo, es un llamado!” ¡Castigo! ¡No, llamado! El debate continuó hasta que, por fin, Beni lo botó de la casa.

Beni se fue llorando a la casa donde vivía en ese entonces la Hna. Carmela Munaretto, para contarle lo que había pasado y desahogarse de su rabia. “¿Cómo, hermana, puede ese hombre decir que la enfermedad de mi hija es un castigo si es ella, mi hija, la que nos ha unido como familia?. Mi hija es un llamado del Señor, es ella la que nos mantiene unidos. ¿Cómo puede ser eso un castigo?”

¿Es la adversidad un castigo o una oportunidad de ejercer la solidaridad y el amor? Eso es lo que plantea el debate teológico entre Beni y el Testigo. El Testigo intenta explicar el mal, Beni sólo intenta vivir ante él. Ella no pretende reducir el misterio del mal a algo que podemos explicar, y de esta manera, domesticar. Su propósito es otro: ¿cómo ser humanos, y por tanto, cristianos, en la adversidad? Su respuesta no explica nada, pero nos plantea una disyuntiva fundamental: asumir la realidad como castigo y “des-gracia” (sin gracia), o asumirla como un llamado, una oportunidad, el lugar de ejercer el amor. El testimonio de Beni nos plantea esta disyuntiva, y lo que es más, nos da pautas para resolverla. Esa es su gracia, y esa gracia habita en este pueblo.

“En el Agustino no morimos fácil”

Hace casi un año, en octubre de 1990, hubo una tragedia en el barrio que despertó la colaboración y solidaridad de muchísima gente. En las primeras horas de la madrugada, en una de las casas del cerro, se cayó una de las paredes y murieron tres jóvenes hermanos de 26, 22 y 17 años. Se trata de uno de esos accidentes que son el producto típico de la precariedad de la pobreza. La parte del cerro donde cayó la pared está habitada desde hace más de 40 años, con todas las filtraciones de los desagües, más el hecho de que las paredes se hicieron sin fierros y sin suficiente cemento, por falta de dinero.

En la tarde del día del accidente, después de una misa en el local comunal donde se velaban los tres cuerpos, los dirigentes del barrio fueron al Palacio de Gobierno para solicitar a la esposa del Presidente que intercediera ante la Beneficencia Pública para conseguir gratis tres nichos en el cementerio “Presbítero Maestro” para los fallecidos. La gestión ante la Sra. de Fujimori tuvo éxito y la orden se transmitió a la Beneficencia.

Una tragedia de esta magnitud siempre despierta la solidaridad de la gente. Durante el día muchos pobladores colaboraron en hacer la colecta para cubrir los costos del entierro. Un grupo de jóvenes, chicos del barrio, recorrieron todos los canales de televisión con la noticia de la muerte de los jóvenes. Como uno de ellos me decía, “si sale la noticia en la televisión, a lo mejor algún rico se digne ayudar a la familia”. Era un razonamiento de palomilla, cargado de picardía, y también de humanidad.

La marcha al cementerio fue impresionante. Calculo que éramos una 1,500 a 2,000 personas, la inmensa mayoría vecinos del barrio. En el cementerio, después de la oración y bendición a la entrada del “Presbítero Maestro”, los funcionarios de la Beneficencia se acercaron para indicar dónde se encontraban los tres nichos. ¡Resulta que los nichos estaban en tres pabellones distintos! Al darse cuenta de la barbaridad que había cometido la burocracia del cementerio, los dirigentes del barrio comenzaron a discutir con los funcionarios. Y todo esto en medio del llanto de la familia de los fallecidos. De repente, una vecina y amiga de muchos años, alta, negra, la Sra. Enriqueta, empezó a gritar “¡Juntos! ¡Juntos!”. Los vecinos siguieron a Enriqueta y en medio de la discusión y el llanto, estalló la voz de cientos de personas gritando “¡Juntos! ¡Juntos!”

Los jóvenes agarraron los tres ataúdes y la masa de vecinos comenzamos una peregrinación por los pabellones del cementerio buscando tres nichos juntos. La peregrinación y el grito de ¡Juntos!, ¡Juntos! expresaba, no cabe duda, la rabia de la población ante la insensibilidad de la burocracia del cementerio. la búsqueda de tres nichos vacíos y juntos duró más de media hora. Si bien la nota de rabia y protesta es lo que impulsó la peregrinación por el cementerio, el andar de un lado a otro con tres ataúdes como Abraham, sin saber adónde íbamos, tiene también su nota de humor. De ahí, poco a poco una nota festiva, de risa junto con la protesta y la rabia, invadió a la multitud de caminantes. En ese momento, de rabia y de risa, la Sra. Enriqueta, la que había iniciado la consigna de “¡Juntos! ¡Juntos!”, se puso a mi lado y con una gran sonrisa me dijo, “Padre, en El Agustino no morimos fácil”. Enseguida empezó a gritar de nuevo su consigna y a contagiar a los vecinos con esa mezcla de terca insistencia y humor que ella supo aportar a la peregrinación.

Por fin, se encontró un pabellón con tres nichos juntos. Ninguno de los obreros del cementerio quiso tapar los nichos. De repente, un grupo de vecinos organizaron un operativo y en un dos por tres -no me pregunten cómo- aparecieron tapas, cemento y pintura negra. Los tres jóvenes fueron enterrado con dignidad. Me imagino que, al día siguiente, los funcionarios del cementerio sacaron los ataúdes y los pusieron en sus lugares designados. Pero no importa. La población había afirmado la dignidad de estos tres jóvenes y, con ello, su propia dignidad. Como

uno de los vecinos me decía al salir del cementerio: "Somos pobres, pero también somos seres humanos".

La Sra. Enriqueta había dicho, también, una verdad profunda: ¡no morimos fácil! Su afirmación es una verdad, pero no es una fácil verdad. Inclusive, en un sentido, a un nivel, su afirmación es falsa. En El Agustino, como en tantos lugares del país, la gente sí muere fácil, sobre todo si son niños. A este nivel, la propia Enriqueta tendría que corregir su afirmación, porque un año antes había perdido a su hijo menor de 12 años, enfermo de tuberculosis.

Pero la frase de la Enriqueta contiene una verdad muy grande, apunta a una actitud profunda en tantísima gente de este pueblo. Creo que se puede expresar esa actitud así: nos encontramos con la muerte como algo muy cercano, pero no hemos hecho ningún pacto con ella. Más bien, nuestro pacto es con todos los que afirman la dignidad de las personas -ese "también somos seres humanos"- . No luchamos por la muerte, sino por la vida. Y por eso mismo, ¡no morimos fácil!.

En la afirmación de mi vecina, cargada de determinación y mezclada con una nota de humor, tocamos en algo las reservas de dignidad y humanidad de mucha, muchísima, gente de este pueblo. Sobre esas reservas es posible construir.

"Cuando uno entiende, no hay cansancio"

Santitos es una de las fundadoras del comedor en la VI Zona. Nunca ha sido una dirigente, pero siempre ha sido uno de los pilares de su organización. También sufre de artritis en los dedos de los pies. Caminar no es fácil para Santitos. Sin embargo, participa en todas las marchas de su barrio y de la organización de los comedores.

Hace unos años los comedores organizaron una jornada de protesta en el centro de Lima, para propagandizar su propuesta de subvención de una canasta básica.

El día después de la jornada, varios de los sacerdotes de la parroquia estuvimos conversando con Santitos sobre sus impresiones del día anterior: ¿cómo fue la jornada? ¿Valió la pena el esfuerzo invertido? A esas preguntas Santitos respondió en un registro inesperado: "salió muy bien la marcha. ¡Éramos bastantes! ¡Harta gente hubo! "El valor de la jornada no se midió, para ella, sólo en términos reivindicativos, sino también y sobre todo en la afirmación de su existencia y la de su pueblo: ¡éramos bastantes! Dimos prueba de nuestra existencia.

La jornada de protesta exige mucho físicamente: largas horas de pie, la tensión, caminar y correr. No es lo más cómodo y aconsejable para una mujer con artritis en los pies. Por eso, al final de la conversación con Santitos, uno de mis compañeros le preguntó: “¿Y no te cansó mucho todo ese trajín?” Santitos nos miró con mucha compasión, y nos dijo: “Cuando uno entiende, no hay cansancio”.

Tengo la impresión de que hay muchos de este pueblo, no todos desde luego, pero sí muchos, que “entienden” las cosas como Santitos y sacan fuerzas para la vida de donde no las hay. Se trata de un “entender” muy presente en la vida cotidiana de las organizaciones populares, en el trajín diario para poner pan en la mesa familiar. Un entender que se traduce en la práctica de la viuda en la parábola en S. Lucas (cap. 18): esa perseverancia y persistencia cotidiana que expresa y, a la vez, hace posible la esperanza. Si el Reino es para los pobres, es por eso mismo para los que entienden las cosas, los tercicos, como Santitos.

Libres de la necesidad de sentirnos buenos

Hace unos años, en la capilla de San Cayetano a la altura de la primera cuadra de la Av. Riva-Agüero, asistí a una reunión de la pequeña comunidad “Oscar Romero” que se reúne semanalmente en esa capilla. Pilar Coll acompañó a esta comunidad durante años. No recuerdo por qué, pero esa noche no pudo estar Pilar y, por eso, me hice presente en la reunión.

Tampoco recuerdo el pasaje del Evangelio que fue la materia de la reflexión del grupo, pero era uno de los muchos pasajes donde Jesús define su misión como una misión de perdón a los pecadores. Por ejemplo, en S. Marcos 2, 16-17: “Los letrados y fariseos, al ver que comía con aquellos descreídos y recaudadores, decían a los discípulos: ‘¿Por qué come con los recaudadores y descreídos?’ Jesús lo oyó les dijo: ‘No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a invitar a justos, sino a pecadores’”.

Al escuchar el texto, la Sra. Amelia, una mujer de edad, de origen ayacuchano, abrió los ojos y dijo: “O sea, la liberación de Cristo es también la liberación de tener que sentirnos buenos”. Efectivamente, Amelia había tocado un nivel muy profundo de la experiencia del encuentro con el Señor. Jesús nos libera de la esclavitud de aparentar ser buenos. Es esa misma intuición de Amelia lo que siempre decimos al inicio de la Eucaristía: reconozcámonos como pecadores ante el Señor. Porque si no nos reconocemos como pecadores, tampoco podemos reconocernos como perdonados y liberados por Cristo. La libertad de la esclavitud de tener que aparentar ser buenos es algo central en la experiencia cristiana. Es por ahí donde apunta la intuición de la Sra. Amelia.

Recuerdo una breve reflexión que hizo Daniel Panchot el año pasado en un número de Signos, sobre la palabra “comprensión” y cómo la usa la gente de los comedores de su parroquia. Comprender no es sólo un acto intelectual; implica, también, soportar, sentirse solidario con la debilidad del otro. Es la posibilidad de forjar una fraternidad de largo aliento. Implica la aceptación del hecho de que nadie es perfecto, que todos avanzamos en la vida con manos y pies manchados. Comprender implica algo, mucho, de esa libertad que tan acertadamente señaló la Sra. Amelia.

Pienso que esta experiencia de reconocernos como pecadores pertenece a esa reserva de humanidad que se encuentra en tanta gente de este pueblo. Es una experiencia de gracia, de libertad. No es una gracia que viven y expresan todos, no se trata de afirmaciones globales sobre el pueblo. Pero la experiencia cotidiana indica que sí, efectiva y realmente, es una gracia presente en el caminar de muchos de este pueblo.

Pienso finalmente que esa gracia de no sentirnos perfectos, buenos sino simplemente perdonados; esa capacidad de “comprender”, de soportar el barro que somos, no es nada ajeno a la vida diaria de este pueblo. Una gracia que nos abre a la fraternidad y al futuro.

Y para terminar...

Las afirmaciones de la gente amiga que hemos recordado se explican por sí mismas; no necesitan un comentario final. Sin embargo, a modo de una conclusión innecesaria, quisiera decir lo siguiente:

El contexto de las afirmaciones de espíritu puede ser la calle, como puede ser la capilla; puede encontrarse en la reflexión personal o de pequeño grupo, como también en la consigna que moviliza a la masa. Ese espíritu de humanidad y de vida, presente en este pueblo, sopla donde le da la gana. No tiene un lugar privilegiado; se encuentra en los espacios de la cotidianidad de la gente. Hay que buscarlo ahí. Por eso, recordar estas distintas afirmaciones de vida es, como diría la Sra. Beni, un llamado, una invitación a no separarnos de esa vida cotidiana del pueblo. En estos tiempos de cólera la tentación de tomar distancia de la vida de la gente, una tentación también de la misma gente pobre, es muy grande. ¿Pero cómo vamos a captar ese espíritu en el pueblo, si se pierde el contacto con su diario caminar?

Una segunda cosa tiene que ver con el espíritu con “e” minúscula. La sospecha o, quizá mejor, el presupuesto de estas reflexiones es que la “e” minúscula es un

disfraz detrás del cual se esconde la “E” mayúscula, el espíritu que reconocemos como santo. Por eso, se habló al comienzo de actitudes y expresiones de la gente que constituyen, en algo, la “materia prima” de una espiritualidad con raíces en el pueblo. Esa materia prima plantea temas a seguir trabajando:

- la fe en un Dios que se experimenta como firme, que no da marcha atrás;
- la terquedad en la lucha por la vida;
- la realidad, inclusive, la adversidad, entendida no como un castigo, sino como un llamado;
- la rabia y la risa que afirman, juntas, ante la muerte trágica, un gran pacto con la vida;
- el reconocernos como pecadores, lo cual es imposible si no nos reconocemos como perdonados, como la base de la comprensión y la fraternidad humanas.

La experiencia de la gente amiga plantea, por tanto, temas a trabajar en nuestra reflexión teológica. Hay materia prima, materia buena, que está ahí, a la mano, en la cotidianidad de la gente.

Finalmente, la cotidianidad de la gente nos abre al futuro. Nos abre al futuro porque nos abre a las grandes reservas de humanidad que este pueblo posee en el presente. Dicho de otra manera, no hay forma de pensar este país, si no se incluye en ese pensar a las Benis, los Lorenzos y Santitos y Enriquetas y Amelias y etc., etc. Así sea.

(De la revista PAGINAS, -Apartado 6118 Lima, Perú- N° 11 octubre, 1991 pp. 51-60.)

“Vivimos en un tiempo extraño. No tengo ni sombra de duda de que la Iglesia católica y su doctrina vienen directamente de Dios, pero sé bien que en sectores concretos hay una cerrazón que no es de Dios. Y creo que antes de ahora se han dado grandes cambios en la dirección en que va la Iglesia, y que nuevos aspectos de su doctrina originaria han aflorado de repente, coincidiendo con cambios en la historia del mundo, semejantes a los que ahora tienen lugar. Por eso no debiera cerrarme en banda cuando me anuncian cosas nuevas, aunque no las pueda admitir en su totalidad”

CARDENAL J. H. NEWMAN, (1801-1890) “Letters and Diaries” XXII, pp. 129-130